

Félix Carreto

Lágrimas por Estrella

Prólogo

dos en dos

“(…) Porque yo tomaba de

y tu callabas “

Anónimo

Quien ha tenido la deferencia de proponerme este prefacio es amigo virtual, esa nueva figura de relación de los nuevos tiempos poblado de más ganga que mena.

Aun así tengo que nos conocemos bien: él, en su diáspora de La Zarza de Pumareda hasta París y servidor desde Cuenca hasta el umbroso norte de nuestro país...

Un prólogo, en símil taurino, es la labor del subalterno que coloca al morlaco, todavía entero y desafiante en los terrenos apropiados. Y crear una novela conlleva también ese pánico ante el folio en blanco, cual albero bajo el sol.

Seguro estoy que Félix lo habrá sentido a su manera; lo contrario hubiere sido temeridad de poco momento.

La evocación vital, los recuerdos, esa pulsión mental que hace escala en el corazón no es fácil de extraer de nosotros. Tiene ese “sacar” a la superficie”, algo de traición. Buscar en el lenguaje “el colaborador necesario” sólo hace que demorar la llegada a esa pared que, si bien podemos superar, dudamos de la conveniencia.

En esta novela, en esta historia seminal de Félix, Jacinto, el protagonista pudiera ser él mismo. Pero no necesariamente. A su criatura literaria, lejos de despojarlo del “maleo” al que los años nos someten, la provee de esa perspectiva temporal para envolver a sus personajes con un mallazo translucido que los hace visibles en la distancia corta.

El lugar mismo de “autos”, si bien lógico, también es significativo: la “la Raya”, esa separación territorial más burocrática que real. A este y otro lado desperezan sus vidas los Jacintos que en el mundo son: atravesando esas servidumbres de paso que a fin de cuentas es cada vida:

“todo pasa y todo queda,

pero lo nuestro es pasar,

pasar haciendo camino ,

caminos sobre la mar”

Félix tiene mucho adelantado; domina el lenguaje. Mas no ejerce tiranía ni provecho de ello, se aviene a que el otro lenguaje, el del pueblo, hecho de sabiduría y retranca en justa proporción, tenga sitio en sus escritos. Palabras, refranes, localismos, ese dar la vuelta al diccionario para hacerlo propio. Félix al podar del artículo a “abuelo, tío, padre, hermano...” el sustantivo, cual vid, crece más fuerte y vigoroso.

Decía Miguel Ángel que su David ya estaba dentro del bloque de mármol de 4 toneladas en el que lo esculpió. El, se limitó a retirar toda la materia que lo rodeaba. De alguna manera Félix hace lo mismo; con la diferencia de que para llegar a la eclosión del Jacinto “liberto”, retire con esmero, con cepillo de arqueólogo las sucesivas capas que el tiempo ha depositado.

Miguel Hernández,” El Cabrero”. También se hacía llamar El Cabrero aquel cantaor de los 70, esos quejios que nos llegaban en forma de cassette. “Ese “está como una cabra”, epítome para quien consideramos con la chaveta averiada; sin pensar que las cabra “Estrella” o “Tórtola” pueden ser seres cabales y que en su proceder mejorar a los humanos, tan sobrevalorados ellos. Estrella, de alguna manera, provee a Jacinto de ese mínimo de cordura que precisa para maniobrar entre amos, truhanes o Alfreditos consentidos.

“El día que nací yo, que planeta reinaría,

por donde quiera que voy, que mala estrella me guía”

El niño Jacinto es el hilo conductor, el narrador omnisciente del relato, pero se echa un lado cuando Deogracias, Toribio, Casildo, Consuelo, D. Matías, Adela , D. Nazario o Paco el poeta tienen, a su buen entender, algo propio que decir; o el repelente Alfredito resignado a que digan por él.

“Naciste un día de diciembre, un frío de perros hizo esa semana”.

Todo ello lo refiere Félix con desparpajo, ironía, aplicando apósito suave para quienes proceden de buena ley o gasa de compresión para la maldad enquistada, atávica y gratuita, según necesidades. Puntuando ese azar que puede encauzar nuestras vidas por caminos opuestos.

No procede afirmar en estas líneas que “El” Carreto escribe de forma excelsa aunque no sea faltar a verdad. Escribir muy bien lo hacen muchos otros. Pero Félix posee un valor añadido: es observador, paciente en el diagnóstico de aquello en lo que repara, ojos vivos y sagaces los suyos, escrutadores que detectan aquello que otros dejamos pasar.

Dota a la filigrana, al arabesco literario de “cuerpo”. Como esas tinajas de vino de la película El extraño viaje, de D. Fernando Fernán Gómez, agraciado el caldo por un jamón y otros condimentos más sospechosos.

Félix Carreto, músico, fotógrafo y escritor. Todo ello a la manera de nosotros, los autodidactas; que no queremos ver nuestros anhelos en un marco con orla ajada; al lado de aquella pintura voluntariosa con caballo o ciervo que no faltaban en el comedor de los pisos obreros. Y está bien así.

Cualquier cosa que añadiera sería en detrimento de lo que ya deberían estar vds haciendo, que no otra cosa que leer esta fascinante historia.

Sólo agregar que deseo a mi amigo Félix, que este alumbramiento le reporte la mayor de las satisfacciones que serán sin duda alguna, la mía propia.

Jesús Valiente

Albal a 15 Enero 2020.

NDICE

1ª Parte.....	
La nobleza y el destino de mi tío Casildo.....	13
Tengo que huir, Madrid será mi destino).....	19
Os denunciaré por abuso de poder y torturas.....	23
“Casildo muerto, entierro mañana...”.....	27
La vida sin mi tío Casildo.....	30
El Evangelio según don Matías	37
Las tres pesetas de la vergüenza	41
De la alcoba al desván	46
La paz del cementerio	52
La leña de la miseria.....	63
El pan del mendigo.....	69
2ª Parte	
El vino de la felicidad.....	80
La siega.....	90
¿Seguirá con vida mi hermano?	95
La vida pendiente de un hilo.....	118
El diploma de estudios primarios.....	122
El aprendizaje de obrero.....	124
Noche al raso.....	133
Navaja, cuerda y cerillas.....	140
Lecciones de comunismo.....	150
La maravillosa ternura de mi cabra Estrella.....	153
Entre víboras.....	161
¿Y si me tienen que operar como a Carmen?	167

La voracidad ilimitada del hambre juvenil.....	174
En la clandestinidad de Radio Pirenaica.....	181
Noche de terror.....	184
Con Estrella en la cueva.....	194
Las cerillas del amor	200
La impotente nobleza animal ante la brutalidad humana.....	207
“¡Aparta de mi vista, que te pego un tiro!	216

La nobleza y el destino de mi tío Casildo

Recordando aquel encuentro con Estrella, que así se llamaba la cabra, me pregunto si fue ella quien salió a mi encuentro o yo al suyo, o ¿tal vez nuestro idilio nació de una necesidad mutua, como nacen los grandes amores? En todo caso nunca la olvidaré porque ella fue mi asidero y guía, como la Estrella Polar lo es al caminante perdido en la noche.

Corrían los años cincuenta y principios de los sesenta y la posguerra seguía imponiendo la austeridad para unos, la miseria para otros, obligando a la mayoría a luchar por la supervivencia en estas tierras castellanas del oeste salmantino, tierra de encinas, de toros, cabras y piaras de cerdos.

En La Zarza de Pumareda, la humilde aldea donde nací y me crié, de gratos recuerdos que sigo llevando dentro, compartíamos los escasos recursos de un terreno pobre, campesinos humildes, algunos más pudientes, y un puñado de familias sin fincas como mis padres, cuyo salario incierto nos obligaba a luchar soñando siempre con un futuro mejor.

Y, como si el destino les asignara esa función, y a pesar de la pobreza, las familias más humildes seguían cargándose de hijos para colmar generosamente el enorme vacío provocado por la Guerra Civil.

Mi padre, Cristino, era de complexión normal, ni alto ni bajo, de pelo tirando a rubio, ondulado, ojos azules, lucía un bigote tallado con esmero, su fuerte carácter me estremecía a veces, pero su cariño me reconfortaba siempre. Mi madre, Lucía, no era más baja que padre, sus ojos azules eran un bálsamo, algo delgada para mi gusto, tal vez porque no descansaba durante el día y acaso porque siempre estaba amamantando a un hermanito hasta que cumplí veinte años. Tantos hermanos eran una bendición de Dios, según abuela Elvira que vio nacer a ocho y asistió con la comadrona hasta el octavo parto, porque después abuela murió y madre siguió teniendo hijos.

El inmenso cañón del Duero que nos separa de Portugal, y sus afluentes de abruptas laderas pobladas de matorral indómito, ofrecían a los rebaños de cabras un paraje idóneo para alimentarse a su libre albedrío.

Era sobre todo en las arribes de Aldeadávila de la Ribera y en las márgenes del río Huebra, de clima benigno en invierno, donde los rebaños de cabras se recluían huyendo de la penillanura gélida y yerma.

Fue el encuentro con Estrella el que me hizo pensar sobre la posibilidad de que el destino se heredara también. Como si el código genético transmitiera de una generación a otra el apego al oficio del pastoreo de cabras en mis antepasados. Porque la saga de cabreros venía sucediéndose desde antes de mi bisabuelo materno Manuel. Mi tío Casildo, hermano de mi abuela materna Elvira, ejerció también durante su adolescencia y primera juventud de cabrero. De modo que el destino parecía tenerme reservado también este oficio.

Mi bisabuelo Manuel y su hijo Casildo, pasaban los inviernos con su rebaño en la Bodega, una zona de las arribes arrendada por el Ayuntamiento de Aldeadávila de la

Ribera. En una choza y con un burro para transportar la leche y lo que fuera menester, pasaban la temporada de invierno, después regresaban a la fronda de los arroyos y del pequeño río de su pueblo, donde yo nací.

Llevo indeleble el recuerdo de mi tío Casildo, entre otras cosas, porque un día, al despedirse de mi madre, pues entonces vivía en la ciudad, me llamó aparte: “Dale este billete a tu madre,” y me dio un beso. Mi madre no quería aceptar dinero suyo porque decía que él también tenía cuatro hijos que alimentar, pero a él los negocios le iban bien.

Cuando se lo entregué a madre, pasó el billete de quinientas pesetas (que era más de lo que ganaba padre en un mes) por su rostro, lo apretó sobre su mejilla como si lo besara y tras derramar una lágrima dijo: “Tu tío está loco, no se puede ser tan bueno en la vida”. A mi madre le tenía un cariño especial porque era la primera sobrina que acunó en sus brazos de pequeño.

Durante su adolescencia, mi tío Casildo prefería pastorear el rebaño que acudir a la escuela, al contrario de mi abuela Elvira, por eso era analfabeto, pero a su padre no le importaba porque le era muy útil en el pastoreo en tan intrincados parajes arribeños.

“Casildo era una persona excepcional”, me decía mi abuelo paterno, Deogracias, que, en las tardes de verano, sentado a la sombra en el poyo de la puerta, me contaba los avatares acaecidos en nuestra familia. Yo pasaba largos ratos escuchando aquellas historias, pues además de ser un gran narrador, tenía un lenguaje rico y aprendía de él palabras que nadie usaba en la aldea. Yo atendía embelesado a la historia de mi tío:

“Al pasar un día delante de la escuela, entrada la noche —prosiguió abuelo—, me sorprendió una lucecita débil, como la de una cerilla. Me acerqué a la ventana para espiar y vi que estaba forzada. Se apagó la luz y al instante volvió a encenderse. “¿Quién hay dentro?”, pregunté. Volvió la oscuridad. “Soy Deogracias, el panadero, ¿puedo ayudarte?”, insistí. Por fin se acercó a la ventana. “¡Por Dios!, Casildo. ¡Pero qué haces a estas horas aquí metido?!” Tu tío rondaría los catorce años. “Estoy buscando el cuento de La lechera, respondió casi pidiendo que le ayudara. “¿Para qué lo quieres?” “Para que me lo lea mi hermana Elvira, porque me han dicho que cuenta cómo una señora quería hacerse rica vendiendo leche”, dijo con toda naturalidad. No pude por menos que soltar una carcajada. “¿Piensas hacer lo mismo que ella?”, le pregunté por simple curiosidad. “Claro”, respondió tajante. Me sorprendió su aplomo. En aquel momento comprendí que era un negociante innato.

Yo le tenía mucho aprecio y trabamos gran amistad. Era muy cariñoso y siempre me decía “tío”. Coincidíamos a menudo en el campo; él con las cabras y yo arrancando escobas para calentar el horno. Así fue creciendo, feliz, con su rebaño que adoraba mientras su padre se afanaba en otras tareas. Tuvo un desenlace desdichado en su oficio por su carácter impulsivo y rebelde, pero eso sí, noble a carta cabal. Fue a raíz de la carrera de los gallos que se celebraba durante los carnavales.

Aquella tarde fría pero soleada del mes de febrero, se celebraban los carnavales con toda parafernalia de antruejos y fanfarrias; mozos con damajuanas de vino y chochos invitando a todo el mundo, y mozas engalanadas con mantones de Manila bailando jotas al son de la flauta y el tamboril. Como él formaba parte del grupo de “quintos” (rondaría los diecinueve años) que habían de correr los gallos con sus respectivos jamelgos,

aprovechó para hacer una sonada de órdago. Se habló del caso hasta en las aldeas limítrofes.

Los dos carros, en ambos lados de la calle, estaban preparados con la pértiga mirando al cielo de cuyo extremo tensaban una soga para colgar los gallos por las patas. Todo el pueblo, incluso el cura, convencido por el alcalde para que asistiera, esperaba el momento de la partida de los jinetes con el tarugo en la mano para apalear a los gallos, tradición que me parecía salvaje, por eso le dije al alcalde que debería suprimirla, “es lo más jugoso de la fiesta”, me respondió.

Comenzaron a desfilar los jinetes. Tu tío era el octavo y último en salir. Tras los certeros golpes con el palo en la cabeza de los gallos, las plumas revoloteaban y los animalitos sangraban, se balanceaban como un péndulo y se retorcían queriendo evitar cada porrazo.

Casildo montaba el caballo galano de Ignacio, el herrero, primo de su padre. Calzaba botos camperos y una capa negra envolvía su cuerpo. La carrera iba a terminar. Los gallos desplumados y algunos muertos esperaban la última salida de tu tío que cerraba la carrera y la fiesta. Enfiló el corcel al galope y cuando llegó a la altura de los gallos amagó con dar. En ese momento el caballo se encabritó, sin duda azuzado adrede por tu tío. Fue entonces cuando al caer a propósito, se desprendió de la capa y estalló un griterío atronador en la multitud. Todas las manos apuntaban a tu tío, salvo las beatas que, junto al cura, se tapaban la cara. En medio de aquel guirigay, Casildo corrió detrás del caballo hasta darle alcance. Estaba como su madre lo trajo al mundo: completamente desnudo. Con la capa en la mano, subió de un salto a la caballería y se perdió en el horizonte.

Se armó un revuelo impresionante. Todo el mundo hablaba de lo ocurrido; los mozos reían y alababan su osadía coreando “Casildo, Casildo, Casildo...,” mientras las beatas cercaban al cura y al alcalde pidiendo castigo. Enseguida pensé que aquello le iba a causar no pocos problemas. Se reunieron de urgencia don Matías, el párroco, Luciano, juez de paz, el alcalde y don Marcelino, el maestro, que le tenía ganas por no asistir a la escuela. Yo intimaba con el juez de paz porque era buena persona y cazador como yo. Salíamos a menudo de caza, no así con el alcalde, también cazador, porque era un déspota. Tras la reunión, me enteré por el juez de paz de que iban a detener a tu tío y encarcelarlo en aquel cuartucho infecto, húmedo y sin luz, junto a la escuela. Avisé a tu abuela Elvira que era muy devota de San Lorenzo para que mediara ante el párroco. Don Matías le dijo que su hermano merecía un escarmiento y que iba a trasladar el asunto al obispo de Salamanca por no asistir nunca a los oficios religiosos, “además pediré la excomunión”, amenazó. “Mira a ver, Luciano —le dije al juez—, te lo pido como un favor personal, haz lo que esté en tus manos para que no entre en la cárcel, lo de la multa, aunque me parece excesivo que tenga que vender las mejores cabras para pagarla, ya lo arreglaremos. Casildo no estaba en sus cabales, había bebido, Luciano —mentí—. Son cosas de la juventud, tal vez una apuesta estúpida con sus amigos”.

Se reunieron de nuevo y, por fin, Luciano logró que le retirasen el ingreso en la cárcel. “Pero la multa no se toca”, dijeron alcalde y párroco, aunque el juez consiguió que pudiese pagarla en cinco plazos durante medio año. Intenté localizar a tu tío que parecía huido, pero su padre me dijo dónde se escondía. Al explicarle lo de la cárcel que

conseguimos evitar, y anunciarle la exorbitante multa, fue cuando se sinceró conmigo y me reveló el secreto que llevaba guardado desde hacía dos años.